

Ellos han podido todavía explicar razonablemente la divergencia entre San Mateo y San Marcos, respecto al número de ciegos; San Marcos, según ellos, ha nombrado al único conocido, Bartimeo, y ha despreciado al otro; San Mateo, al nombrar á los dos, no ha realizado ninguna particularidad.

Pero ninguna interpretación verosímil llegará á identificar la narración de San Lucas, diciendo que el ciego ha sido curado antes de que Jesús entrara á Jericó, y la narración de San Mateo y de San Marcos, diciendo que Bartimeo ó los dos ciegos han sido curados cuando Jesús partió.

Imaginar que ahí había dos ciudades, la antigua y la nueva, y que el milagro se verificó cuando Jesús abandonaba á la una y entraba en la otra, excede á los límites de la hipótesis permitida. Hablar de la longitud del cortejo que precedía á Jesús, y admitir que el ciego, que comenzó á gritar en el momento en el que la cabeza del cortejo entraba á Jericó, no fué curado sino cuando el cortejo salía de la ciudad, esto es abusar de los textos.

En nuestra opinión, esta diferencia es irreducible; pero las semejanzas se explican. Esta es la razón por la que creemos en dos hechos distintos, referidos el primero por San Lucas, el segundo por San Marcos y San Mateo. (Cf. San Agustín, *de Consensu Evang.* I, II, LXV; *Quæst. Evangel.* I, II, q. 48; Beda, *Ad. I, I, 1*; Poyard, *Harm. evang.*). La curación de que habla San Lucas tuvo lugar cuando Jesús entró á Jericó, y la de los otros dos, cuando Jesús la dejó.

La semejanza de la narración de San Lucas y de San Mateo no pueden ser una razón seria para negar la diversidad de los dos hechos. Lejos de ser inverosímil, ella nos parece por el contrario muy natural. Ella no sorprenderá sino á los que ignoran las costumbres orientales, á los que no han visto á los ciegos á la entrada y á la salida de las ciudades.

Aquel que fué curado á la llegada de Jesús y que San Lucas no nombra, ha debido provocar por su ejemplo á otros enfermos como él; y sabiendo que la exclamación: Jesús, "hijo de David," había sido agradable al Profeta, les han impulsado sobre el paso del cortejo, cuando el Profeta partió.

Jesús obró respecto á los segundos como respecto al primero; siendo la misma la confianza en los unos como en los otros, el beneficio fué el mismo.

APENDICE Q.

LOS CIEGOS DE JERICÓ.

El hecho de los tres ciegos curados en Jericó, en la época del paso de Jesús por esa ciudad, está atestiguado por los tres primeros Evangelios. Comparando su narración, se sorprende uno á la vez y desde luego, de varias divergencias y de algunas semejanzas.

La semejanza aproxima las tres narraciones (Mat., XX, 29, 34; Marc., X, 46-42; Luc., XVIII, 35, 43), por la substancia misma del fenómeno referido, por la paridad y la identidad de algunos detalles. Los ciegos están sentados sobre el borde del camino; ellos oyen pasar á una multitud, y ellos saben que es Jesús el Nazareno; les llama y les hace venir; él les dirige la misma pregunta; ellos le dan la misma respuesta; ellos son igualmente curados.

Las diferencias no son menos frecuentes: ellas separan muy distintamente á las tres narraciones. Según San Mateo y San Marcos, la curación tuvo lugar á la salida de Jericó; según San Lucas, á la entrada. Según San Mateo, hubo dos ciegos curados, mientras que San Marcos y San Lucas no hablan sino de uno solo.

Las semejanzas han determinado no solamente á los partidarios de la crítica negativa, sino á los comentadores ortodoxos, á no ver sino un solo y mismo hecho en las tres narraciones; y por lo tanto, estos últimos se han hallado en la necesidad de conciliar las divergencias. La crítica hostil á la inspiración de los documentos evangélicos no veía en las oposiciones señaladas entre los tres narradores sino una prueba manifiesta de la incertidumbre de los recuerdos relativos á esta circunstancia de la vida de Jesús; y ella ha tenido un placer malicioso en comprobar la pena que se daban los exegetas ortodoxos para salir de ese mal paso.

Es preciso confesar que al admitir un solo hecho, estos exegetas se han metido en un atolladero y se han hecho imposible la conciliación.

Ellos han podido todavía explicar razonablemente la divergencia entre San Mateo y San Marcos, respecto al número de ciegos. San Marcos, según ellos, ha nombrado al único conocido, Bartimeo, y ha olvidado al otro; San Mateo, al nombrar a los dos, no ha señalado ninguna particularidad.

Pero ninguna interpretación verosímil llegará a identificar la narración de San Lucas, diciendo que el ciego ha sido curado antes de que Jesús entrara a Jericó, y la narración de San Mateo y de San Marcos, diciendo que Bartimeo es el dos ciegos que ha sido curado cuando Jesús pasa por Jericó.

APENDICE R.

Los lugares que ahí había las ciudades y las nuevas y que el milagro se verificó en las montañas y en las llanuras de San Lucas, excede de los límites de la historia particular. Hemos de aludir al contenido del capítulo de Lucas y al capítulo de San Agustín.

LAS DOS UNCIÓNES.

Nosotros distinguimos con San Agustín (*De consensu Evangelii, I, II*), la unción hecha por la pecadora y referida por San Lucas, de la verificada más tarde por la misma mujer en Bethania, referida por San Mateo, cap. XXVII, San Marcos, cap. XIV y San Juan, cap. XII.

El carácter fundamental de las dos escenas nos obliga a ello, en despecho de la conformidad de varios rasgos de detalle.

La primera tuvo lugar en Galilea, mucho tiempo antes que la otra, que pasó en Bethania, cerca de Jerusalem, seis días antes de la última Pascua de Jesús. La primera, en la que la mujer es una pecadora, es una escena de arrepentimiento y de perdón; la segunda, una escena misteriosa, en la que la misma mujer, hecha ya la amiga de Jesús, no piensa sino en honrarle y amarle. Las palabras dichas por Jesús, con motivo de la primera, son muy significativas y muy distintas de aquellas dichas con motivo de la segunda, para que se pueda referirlos a una sola unción.

Ammonius Saccas, en su *Armonía*, es el primer escritor eclesiástico que fundió en una las narraciones de los cuatro Evangelios en donde se trata de la unción.

El fue seguido por Eusebio y por otros muchos autores. En el siglo dieziocho, Huet, Wossius y Grotius le apoyaron. Esta opinión, a pesar de las razones aducidas por Grotius, no nos parece defendible.

APENDICE S.

EL SALMO CX.

El alcance mesiánico del Salmo CX ha sido fuertemente combatido; era preciso adherirse a él, por la vieja interpretación talmúdica y por la exégesis racionalista moderno.

En lugar de ver en ese canto nacional inspirado la pintura atrevida del Mesías,—ese Señor de David, sentado a la derecha de Dios, sobre el mismo trono de Jehovah y participando de su potestad, partiendo de Sión con el cetro real, conquistando al mundo, juzgando a las naciones, asociando para esta conquista a un ejército de sacerdotes revestidos con sus ornamentos sacerdotales, y al mismo sacerdote tanto como Rey, como el antiguo Melquisedec,—los talmudistas y la crítica vanamente han tratado de ver en ello a un personaje humano, sin poder designarle, desde Melquisedec mismo hasta Ezequías y Jonathás, el hermano del Macabeo Judas.

Ninguno de esos rasgos podría convenir a un hombre. Las audacias de la poesía no justifican semejante adopción.

Un solo héroe los puede sostener, aquel mismo que se ha reconocido solemnemente en la visión profética de David, y quien, en pleno Templo, ante sus adversarios reunidos, tomó sobre él toda la grandeza del Mesías.

Su doctrina divina se halla allí fuertemente condensada. ¿El no afirmó sin cesar que toda potestad le había sido dada, que él juzgaría al mundo, a las doce tribus de Israel, que todo lo atraxera a él, que humillado y vencido primero, bebiendo el agua del torrente, entraría después a la gloria y levantaría alto la cabeza?

APENDICE T.

LA IDENTIDAD DE MARÍA-MAGDALENA, DE MARÍA DE BETHANIA, HERMANA DE MARTA Y DE LA PECADORA DE QUIEN

HABLA SAN LUCAS.

Esta cuestión ha suscitado las más ardientes controversias, en Francia principalmente, y en dos épocas: al principio del siglo diez y seis y hacia el fin del diez y siete.

El año 1516, Santiago Lefèvre de Etaples publicó su *María-Magdalena*, esforzándose en establecer: 1.º que María, hermana de Marta, María-Magdalena y la pecadora no nombrada por San Lucas son tres personas diferentes; 2.º que la Iglesia las confundía erróneamente en su liturgia.

El invocó en pro de su tesis á la autoridad de Orígenes, de San Crisóstomo, interpretó en ese sentido á San Ambrosio y á San Jerónimo, y acusó á San Gregorio el Grande, á Beda y á San Bernardo, partidarios de la identidad, de haber comprendido mal al Evangelio. El texto sagrado le parecía apoyar la distinción: él halló inverosímil, inadmisible, referir á una misma persona caracteres tan distintos que los que el Evangelio atribuye á María-Magdalena, á la pecadora y á María de Bethania.

El libro de Santiago Lefèvre hizo gran ruido y suscitó una oposición violenta. Dos años después de su publicación, el célebre Juan Fischer, obispo de Roches'er, el restaurador de la ciencia, de la teología y de la filosofía en las universidades de Inglaterra, le refutó victoriosamente, en su libro *De única Magdalena*. El Dominicano español, Baltazar Soroco sostuvo la misma tesis, en una obra aparecida en Alemania, bajo el título: *De triplice Magdalena*.

En 1521, la facultad de Teología de París decretó, en una asamblea plena, que la opinión de San Gregorio respecto á la identidad

de María-Magdalena, de la hermana de Marta y de la pecadora de San Lucas, debía de ser abrazada y seguida como conforme al Evangelio, á los santos doctores y á la liturgia y que no se debían tolerar las obras escritas en un sentido contrario.

El decreto fué recibido por todas partes, y la controversia suscitada por Santiago Lefèvre se adormeció.

Sin embargo, en 1636, la Sorbona renovó la defensa, á propósito de una disertación de Estius, cancellor de la Universidad de Douai, el primero de los doctores belgas que adoptó la distinción. La autoridad de este teólogo, el arte con el que presentó su tesis, la libertad que le fué dejada por la autoridad romana á quien él la había sometido, tuvieron cierta influencia. Louvet, quien había emprendido la defensa de Santiago Lefèvre, fué aprobado por el síndico de la facultad de París; y á partir de este momento, aunque la Facultad en cuerpo, jamás hubo revocado su antigua opinión, ella toleró que se escribiese contra la unidad, y aun que se sostuvieran tesis para combatirla.

Hacia el fin del siglo diez y siete, el debate volvió á empezar. El se adhería al movimiento que arrastraba á los mejores espíritus: los Bollandus, los Mabillon, los Reinart y otros, al trabajo de revisión crítica de los monumentos de la antigüedad. Se examinaban de más cerca los hechos de la historia eclesiástica, los ritos y los usos, se depuraban los manuscritos y las ediciones de París. Algunos preladós siguieron el movimiento y no vacilaron ante el examen severo de sus libros de liturgia.

Hardouin de Perefice, arzobispo de París, quiso dar á su diócesis un breviario irreprochable á la vista de la sana crítica. Esta fué la ocasión que enardeció la controversia sobre la distinción entre María, hermana de Marta, María-Magdalena y la pecadora de la que habla San Lucas, de las tres Marias, como entonces se decía.

En 1680, bajo la administración de M. de Harlay, arzobispo de París, apareció un breviario revisado. El oficio de Santa María-Magdalena, suponiendo á María-Magdalena distinta de María, hermana de Marta y de la pecadora, no aplicó á la primera sino los pasajes en la que ella es llamada con este nombre, es decir, aquellos en los que se ha hablado de su posesión, de su generosidad para con el Señor, de su presencia en el Calvario, de sus expediciones al sepulcro.

El breviario nuevo fué atacado y, principalmente en el oficio de Santa Magdalena, por un escrito intitulado: "Observaciones sobre el nuevo Breviario," como introduciendo en el oficio divino una opi-

nión que la Sorbona había censurado. El fué defendido por Claudio Chastelain, canónigo y presidente de la comisión de la revisión en la obra: "Respuesta á las Observaciones". El sabio canónigo se movió mucho para arrastrar á su opinión á los nuevos contrincedores de Bollandus, Papebroc á la cabeza y los Beneditinos franceses, Mabillon y otros. El lo logró.

Un segundo oficio apareció. La distinción de las tres Marías daba un paso decisivo. El nuevo breviario contenía una fiesta particular, fijada en el 19 de Febrero, para Santa María de Bethania, hermana de Marta. Chastelain fué el autor de este oficio; y la nueva fiesta fué celebrada en París, la vez primera, en el año 1698.

El Padre Sellier, en su sabio comentario respecto al martirologio de Usnard, atacó la nueva fiesta con argumentos tales que los liturgistas de París debieron suprimirla. Se la reunió á la de San Lázaro y de Santa Marta; pero la distinción de María-Magdalena y de María, subsistió. El impulso estaba dado.

Los nuevos oficios se multiplicaron y se esparcieron, la distinción de las tres Marías se acreditó, y la distinción de Fray Calmet en su favor contribuyó, como el breviario de M. de Noailles, á formar la opinión general.

La cuestión, tan calurosamente debatida, ¿puede ser cortada? Nosotros lo creemos, y en el sentido de la unidad es como debe serlo.

El trabajo tan concienzudo de M. Faillon (*Mouvements inédits sur les apôtres de Provence, etc.*), que tratamos de resumir, nos parece decisivo. Cuando se estudian los cuatro Evangelios, se descubre (Luc., VII, 37):

1.ª Una pecadora inominada que entra á una sala de festín, á la casa de un Fariseo, llamado Simón; se inclina á los pies de Jesús, les riega con sus lágrimas, les cubre con sus besos, les enjuga con sus cabellos y les unge de perfume.

2.ª Una mujer de nombre María-Magdalena, de la que habían salido siete demonios y quien, por seguir á Jesús, pone sus bienes á su servicio.

Esa misma María-Magdalena se halla en el Calvario con las santas mujeres (Mat., XXVII, 56; Marc., XV, 40; Luc., XXIV, 10; Juan, XIX, 25); en la sepultura de Jesús (Mat., XXVII, 61). Ella lleva al sepulcro perfumes (Mat., XXVII, 1; Marc., XVI, 1, 2; Juan, XX, 1, 11). Ella ve, la primera, á Jesús, sin reconocerle pri-

mero. Jesús la habla, y sus ojos se abren (Juan, XX, 14, 17). Ella anuncia á los discípulos la resurrección del Maestro. (Juan, XX, 18).

3.ª Una mujer llamada María, hermana de Marta, que da la hospitalidad á Jesús (Luc., X, 39), quien tenía un hermano llamado Lázaro, de la aldea de Bethania (Juan, XI, 1, 45), que derramó un perfume de nardo puro sobre la cabeza y los pies de Jesús, en la casa de Simón el leproso, en Bethania.

El problema de la unidad de estas tres mujeres puede formularse así:

1.ª ¿La pecadora de Lucas es idéntica con María, hermana de Marta?

2.ª María, hermana de Marta, que es la pecadora de Lucas, es idéntica con María-Magdalena?

Si estas dos cuestiones son resueltas afirmativamente, la unidad quedará establecida?

Consultemos á los Evangelios, queriendo distinguir por un rasgo característico á María de Bethania, hermana de Marta, dice de ella: "Esta fué esa mujer que derramó sobre el Maestro un perfume y quien enjugó sus pies con sus cabellos."

San Juan no podía ignorar el hecho referido por San Lucas de la pecadora que cumplió para con Jesús ese acto mismo. Si, pues, él caracteriza por esto á la hermana de Marta, es porque en efecto, fué ella á quien San Lucas no había nombrado y quien había dado á Jesús esa muestra extraordinaria de veneración y de amor. Los partidarios de la distinción de dos mujeres han pretendido que San Juan, en su versículo, hacía una alusión anticipada á la unción que debía tener lugar más tarde; pero al interpretar así al Evangelio, ellos quitan al signo de San Juan todo su valor, y María ya no tiene ya nada que la distinga, puesto que otra mujer—la pecadora de San Lucas,—ha verificado el mismo acto.

Quando se lee atentamente el capítulo XX de San Juan en donde se trata de María-Magdalena, se ve que el Evangelista la llama indiferentemente María y María-Magdalena, lo que parece indicar que María-Magdalena no era sino un nombre diferente de la mujer llamada María, hermana de Marta.

En fin, comprando todos los detalles referidos en los documentos evangélicos, relativos á la pecadora, á María de Bethania y á María-Magdalena, se ve que ellos se fundan armoniosamente en la unidad de un mismo tipo. De estos rasgos esparcidos, fragmen-

tarios, bróla una naturaleza que, en todo caso, áparece plenamente concordante con ella misma, alma ardiente, sincera, solícita, demostrativa, llena de celo, de fe y de ternura. Este es el ideal de las convertidas, *etiam ab sanctis, etiam ab sanctis* etc.

Si interrogamos á la tradición de los doctores: 1.º sobre la identidad de la pecadora de Lucas y de María de Bethania; 2.º sobre la identidad de María-Magdalena y de María, hermana de Marta, ella aparece con todos los caracteres que garantizan la verdad en esa clase de materias: antigua, universal y perpetua, entre los Griegos como entre los Latinos.

Desde el segundo siglo se halla: á San Clemente de Alejandria (Pedagog., I, II, VIII).

A Ammonius Saccas (Harmonie), *etiam ab sanctis, etiam ab sanctis* etc.

En el tercer siglo, á Tertuliano (De pudicitia, II), *etiam ab sanctis, etiam ab sanctis* etc.

En el cuarto, á Eusebio de Cesarea (*Canon Evang.*, trad. por San Jerónimo); San Efrén (t. III, p. 399, 409 y sig., ed. Mighe); á San Basilio (De vera virginitate, núm. 52); Apolinario, obispo de Laodicea; Teodoro de Mopsueste (*Comment. in Evang.*, t. I, Histoire de Dom Cellier, t. X, 495); San Ambrosio (In Lucam, t. I, De pœnit., I, II, VII).

En el quinto siglo, San Jerónimo (t. III, p. 1253. *Prefat. in Osce*; San Agustín (*Consensu Eváng.*), *etiam ab sanctis, etiam ab sanctis* etc.

En todos los siglos siguientes, la opinión profesada por el gran doctor está consagrada primero por San Gregorio, en el sexto, y seguida por todos los Padres y doctores de la Iglesia Latina; en el séptimo por Isidoro de Sevilla y el Venerable Beda; en el octavo por el Anónimo de los Santos Lugares en Palestina; en el noveno, por Raban Maur; en el décimo, por Odon de Clúny; en el undécimo, por San Pedro Damiano y San Anselmo de Cantorbéry; en el duodécimo, por Hugo de San Víctor y San Bernardo; en el trigésimo, décimocuarto y décimoquinto, por San Buenaventura y Santo Tomás, Hugo de Saint-Cher y San Antonio de Padua, Dionisio el Cartujo, San Vicente Ferrer y Gerson. *etiam ab sanctis, etiam ab sanctis* etc.

La liturgia romana, que se puede ver con justa razón como la expresión de la doctrina, ha consagrado en sus oficios y en sus himnos la fe constante de los Padres y de la tradición en la unidad de persona de María-Magdalena, de la pecadora y de la hermana de Marta. Los partidarios de la distinción, como Dom Calmet, en sus disertaciones sobre las tres Marías, y Baillet en sus *Vidas de los Santos*, están obligados á convenir: *etiam ab sanctis, etiam ab sanctis* etc.

Es de admirarse, que en el siglo diez y siete, los espíritus eminen-

te hayan podido dividirse sobre un punto tan fuertemente establecido en la opinión de los doctores, de la Santa Sede, y en la creencia de los fieles. Esta aberración no se explica sino por la atracción de una crítica que se ejercitaba en sus primeras investigaciones y que mal se defendió contra su ardor juvenil. Pero el tiempo todo lo calma, y un examen imparcial ha restablecido la verdad, restituyendo, á fuerza de ciencia y de conciencia, el tipo evangélico de Magdalena, tal como se dibujó en el Evangelio y en las otras que, de siglo en siglo, le han comentado.

APÉNDICE F.

SITUACIÓN DE ROMA.

La situación de la villa de Roma se en este mismo momento es el objeto de controversias antiguas. En la tradición que remontamos á los Griegos, esta por Kōnōbolos, en la opinión moderna esta por Vinnos. Kōnōbolos está situada en las montañas de Júpiter, al norte y al este de la colina de Aventino, sobre una de las colinas que constituyen la metrópoli, todas á las cercas. Vinnos se encuentra al norte y al oeste, en una colina que se eleva sobre el centro de la metrópoli, entre la colina de Aventino y la colina de Palatino. La opinión que detiene á Kōnōbolos favorece sobre todo á la tradición mencionada por San Lucas y validada por los escritores eclesiásticos. La opinión que detiene á Vinnos tiene por ella los testigos más respetables de los siglos antiguos. Pasado metropolitano de Emmaus-Nicopolis, dice Gerson. En su *Commentaire*, Emmaus patria de Cleopas, de la que habla el Evangelista San Lucas, es exactamente Nicopolis, ciudad noble de Palestina. La antigua Nicopolis se construyó en la primera mitad del tercer siglo, bajo Heliogabalo, en el sitio mismo que ocupó Emmaus. San Gerónimo, reproduciendo á Eusebio, escribe: Emmaus patria de Cleopas de quien habla San Lucas, es exactamente Nicopolis, ciudad noble de Palestina. En sus comentarios sobre Daniel, él da sobre Emmaus una descripción topográfica preciosa: "En el tercer siglo de Nicopolis en un tiempo

llamada Emmaus. En ella en donde comienzan á elevarse las montañas de Judea.

Este rasgo que conviene perfectamente á Amoas, no puede ser aplicado á Koubeibeh.

Un testimonio más decisivo es traído de lo que él escribió sobre el itinerario de la peregrinación de Santa Paula: "Volviendo á tomar el mismo camino (Jaffa, Ramleh, Lydda), ella llegó á Nicópolis, antes llamada Emmaus, en donde el Señor fué reconocido por la fracción del pan, y de la casa de Cleofas se hizo una iglesia. Partiendo de allí, ella subió á Bethoron inferior y superior, saluando á la derecha á Ascalon y Gabaon."

Resulta claramente de este itinerario que Emmaus se hallaba situada entre Lydda y Ramleh, al noroeste, y Bethoron, Ascalon y los montes de Judea, al nor-noroeste. Lo que se adopta exactamente á Amoas.

Sozomeno, en el quinto siglo, nacido en Gaza, en donde fué educado, habla así en su *Historia eclesiástica*:

"Ahí existe una ciudad de Palestina llamada hoy Nicópolis. Se hace mención, en el libro divino de los Evangelios, como de una villa (porque eso era entonces) que él designa bajo el nombre de Emmaus. Pero los romanos, hechos dueños de Jerusalem y vencedores de los judíos, llamaron á esta localidad Nicópolis, en recuerdo del gran triunfo que ellos acababan de tener. Delante de esta ciudad, cerca de la encrucijada de tres caminos, en donde Cristo, después de su resurrección, caminando con Cleofas, fingió ir más lejos, existe una fuente muy saludable.

"Refiérese, en efecto, que el Salvador, hallándose con sus discípulos, se separó un día de la ruta, para ir á lavar sus pies en esa fuente, cuya agua, partiendo de ese momento, adquirió la virtud de curar las enfermedades."

A los autores cristianos, no es inútil añadir ese pasaje notable del Talmud (*Schewith*, fol. 38, IV): "A Bethoron ad Em-mounta est montanum: ab Emmounte ad Lyddam, planities; é Lydda ad mare convallis." La indicación se adopta exactamente á Amoas-Nicópolis.

Todos los autores, sin interrupción, desde San Willebaldo, en el siglo diez y ocho, hasta Guillermo de Tyro (I, VII, XXIV), identifican el Emmaus del Evangelio con Nicópolis y conservan, por respeto al texto de la Vulgata, la cifra de sesenta estadios.

En ello hay una contradicción. De Jerusalem á Nicópolis la distancia es de sesenta y tres estadios.

APENDICE U.

SITUACIÓN DE EMMAUS.

La situación de la villa de Emmaus es, en este mismo momento, el objeto de controversias ardientes.

Una tradición, que remontaría á los Cruzados, está por Koubeibeh. Una opinión reciente está por Amoas.

Koubeibeh está situada en las montañas de Judea, al norte y á sesenta estadios, sea 10,800 metros, de Jerusalem, sobre una de las rutas que conducen de la metrópoli judía á Cesarea.

Amoas se encuentra al norte y á ciento sesenta estadios, sea 26,000 metros, de Jerusalem; sobre el camino carretero de la metrópoli á Cesarea y á Ascalon, cerca de la antigua Nicópolis, y al pie de los montes judeanos.

La opinión que defiende á Koubeibeh invoca sobre todo, á la distancia mencionada por San Lucas y valuada por él en sesenta estadios. La opinión que defiende á Amoas tiene por ella los testimonios más formales de los autores antiguos.

Eusebio, metropolitano de Emmaus-Nicópolis, dice claramente, en su *Onomasticon*: "Emmaus, patria de Cleofas, de la que habla el Evangelista San Lucas, es actualmente Nicópolis, ciudad noble de Palestina."

La antigua Nicópolis fué construida en la primera mitad del tercer siglo, bajo Heliogábalo, en el sitio mismo que ocupó Emmaus.

San Gerónimo, reproduciendo á Eusebio, escribe: "Emmaus, patria de Cleofas, de quien habla San Lucas, es actualmente Nicópolis, ciudad noble de Palestina."

En sus comentarios sobre Daniel, él da sobre Emmaus una indicación topográfica preciosa: "Cerca de Nicópolis, en otro tiempo

tancia es de 26 á 28,000 metros, en cifras redondas ciento sesenta estadios.

La versión original de la Vulgata, ¿es errónea?

Ciertos Codex, y principalmente el Sinaitico, traen la cifra de ciento sesenta, que casi corresponde á la distancia deseada: ¿debe preferirse á la Vulgata?

La fe y el culto inteligente de las Escrituras no pueden estar encadenados á una cifra; y, en presencia de los testimonios que tanto prueban de los autores antiguos en favor de Amos, no se puede vacilar. (Cf. V. Guerin, *Description de la Palestine; Judee, t. I*; y el sabio folleto de M. J. B. Guillemont, *Emmaus-Nicopolis; Lightfoot, Horæ hebraica et talmud*).

APENDICE V.

TABLA DE LOS HECHOS DE LA VIDA DE JESUS,
SEGUN EL ORDEN CRONOLOGICO, CON REMISION Á LOS EVANGELIOS
Y Á LA OBRA.

Las fechas. Los hechos.	LOS DOCUMENTOS.				La obra.
	Mateo.	Marcos.	Lucas.	Juan.	
Año de Roma 748-748, 8 ó 6 años antes de la Era vulgar.					Tom. I. Págs.
El empadronamiento de Quirino.....			II, 1-3		Apén. A.
OCTUBRE.					
Concepción de Juan Bautista.....			I, 5-25		129
Año de Roma 747-746, 7 ó 5 años antes de la Era vulgar.					
MARZO.					
Concepción de Jesús.....			I, 26-38		121-125
Visita de María á Isabel.....			I, 39-55		127-129
JUNIO.					
Regreso de María á Nazareth.....			I, 56		133
Nacimiento y circuncisión de Juan.....			I, 57-79		129-132
Matrimonio de Jose y de María.....					134-135
DICIEMBRE.					
Nacimiento de Jesús en Bethlehem....	I, 18-25		II, 1-7		137-141
Los Pastores en el pesebre.....			II, 8-20		141-143
La circuncisión de Jesús y la presentación al Templo....			II, 21-24		143-144
El anciano Simón y Ana la profetisa.....			II, 25-38		144-146
Regreso de la Santa Familia á Nazareth.....			II, 39		147
Viaje á Bethlehem.....					147-148
Los Magos á los pies de Jesús.....					148-150
Muerte de los Inocentes.....	II, 1-12				